

como renovación cultural, como perspectiva de un nuevo y esperanzador camino hacia la inclusión educativa y social, porque hablar hoy de la construcción de una sociedad intercultural sin tener en cuenta todas las culturas, con sus diferentes lenguas, que habitan un territorio, es un grave error. Por eso, la obra es una invitación a reflexionar, pero también a reaccionar y plantear soluciones ante una sociedad que debe priorizar la educación como respuesta social a los retos de la inclusión, para generar comunidades interculturales, equitativas y democráticas, donde primen los derechos de ciudadanía sobre los intereses meramente mercantilistas y neoliberales.

En esta obra el lector podrá encontrar a los autores de referencia que más han trabajado estas temáticas, en el bien entendido que, por las características de una obra de este tipo, no podrán estar todos los que *son*, pero sí asegurar que *son* todos los que están.

En definitiva, una obra muy recomendable no sólo para los profesores universitarios que forman maestros, sino para los propios docentes de las escuelas y el alumnado de Magisterio, Pedagogía y Educación Social, por poner tres títulos entroncados directamente en sus desarrollos con la gestión educativa de la diversidad cultural. En él hay reflexiones muy jugosas, conceptos clarificadores, desarrollos teóricos interesantes y, fundamentalmente muchos elementos para comprender, y mejorar, la práctica escolar. Todo ello, visto, además desde una perspectiva caleidoscópica de autores contrastados especialistas en las temáticas que abordan.

ANDRÉS ESCARBAJAL FRUTOS
Universidad de Murcia

ANDREWS, A. (2018). *Undocumented Politics. Place, Gender, and the Pathways of Mexican Migrants*, Oakland, California: University of California Press, 286 pp.

Dentro de la historia de las migraciones en la era contemporánea, la emigración de mexicanos hacia los Estados Unidos ha sido un referente emblemático, y su estudio ha generado una extensa literatura. Y entre los cambios más significativos que se advertían ya en las últimas décadas del siglo XX está la creciente participación de emigrantes indígenas, sobre todo provenientes del sur de México, en contraste con los tradicionales emigrantes mestizos. A la luz de la presencia en Estados Unidos tanto de una extensa población indocumentada de migrantes mexicanos, como de políticas migratorias cada vez más restrictivas, el libro de Andrews es una sólida contribución al análisis de los vínculos entre migración, exclusión y creciente vigilancia en nuestros tiempos, a partir de una profunda reflexión de dichos vínculos desde las nociones de lugar, proceso, agencia y género en el estudio de grupos marginales específicos.

Para ello, Andrews toma como punto de partida el preguntarse cómo las y los migrantes mexicanos indocumentados se ven influidos por las distintas estructuras de poder que enfrentan tanto en sus lugares de origen como de destino. Para ello, Andrews adopta un diseño de investigación aparentemente simple (el estudio de dos localidades indígenas en el estado de Oaxaca, en el sur de México, y la emigración de varios de sus habitantes hacia dos lugares de llegada en el sur de California), con

el fin de analizar dichas estructuras, que incluyen tanto la aplicación de las políticas migratorias en Estados Unidos, como los llamados “usos y costumbres”, que son las formas tradicionales de gobierno prevalecientes en buena parte de localidades indígenas de Oaxaca. A su vez, como Andrews nos muestra, estas estructuras de poder generarán diferentes trayectorias migratorias, así como también diferentes actitudes de los migrantes frente a sus pueblos de origen y a sus ciudades de llegada.

Una parte particularmente sugerente de la propuesta de Andrews es el carácter contraintuitivo de su indagatoria. Si bien se trata de dos comunidades indígenas muy similares, pertenecientes a grupos étnicos distintos pero que habitan en la misma región en el sur de México, y que emigran hacia una misma zona (la ciudad de Los Ángeles; y las ciudades de Vista y Escondido, en el norte del condado de San Diego, ambas en el sur de California en Estados Unidos), Andrews desarrolla lo que ella denomina una “comparación relacional” entre ambos procesos migratorios, lo que le permite evidenciar, a pesar de estas similitudes, las muy marcadas diferencias en ambos grupos de migrantes. Al respecto, uno de los hallazgos centrales de su investigación es la enorme importancia que tienen los contextos locales, particularmente en la interpretación y aplicación de las políticas migratorias existentes a nivel nacional en Estados Unidos, y por ello en las vidas de los migrantes, muy especialmente entre los indocumentados y sus familias. Como resultado, Andrews documenta, examina y explica con detalle las distintas redes de poder en la que se ven involu-

crados dichos migrantes, a las cuales denomina “modos de control”, y que son notablemente distintos en ambos entornos californianos.

Al respecto, Andrews considera importante analizar estos modos de control porque son la fuente de las diferentes actitudes entre estos migrantes hacia sus pueblos de origen y hacia Estados Unidos en general. De hecho, Andrews explica de modo convincente cómo estos modos de control son la clave para comprender quién emigra y por qué. Para ello, identifica la existencia de un “modo de control condicional” en Los Ángeles, que es el lugar de llegada de los emigrantes provenientes de la localidad de origen zapoteco. En dicho entorno de llegada, estos emigrantes (especialmente las mujeres) encontraron acceso a mercados laborales específicos, pero sobre todo un contexto de leyes más tolerantes hacia los migrantes indocumentados, que los lleva a forjar la noción del “buen migrante” (aquellos que trabajan duro y obedecen las leyes), y con ello que desarrollen lo que Andrews denomina “una lógica de pertenencia”, al aspirar a la integración en la sociedad estadounidense, en contraste con su noción del “mal migrante” (aquellos que no trabajan y no acatan las leyes), y justificando así la puesta en marcha de su deportación.

En cambio, las ciudades de Vista y Escondido, en el norte del condado de San Diego y a las que arriban los migrantes de la comunidad de origen mixteco, exhibe lo que Andrews denomina un “modo de control arbitrario”. En este caso, al igual que en Los Ángeles, se tiene acceso a mercados de trabajo precario, incluyendo en especial la agricultura

intensiva de esta región, pero aquí las fuerzas policíacas se encargan de aplicar de manera drástica las cada vez más restrictivas leyes migratorias prevalientes a nivel nacional, estableciendo puntos de revisión en múltiples lugares, y arrestando a quien no pueda demostrar su estatus documentado. Con ello, la población migrante indocumentada se torna particularmente vulnerable ante el temor de la deportación, y con ello de la posible separación de familias enteras, por lo que buena parte de estos migrantes viven un estado de ansiedad y alienación permanente en sus vidas. En este caso, estos migrantes terminan adoptando lo que Andrews denomina “una lógica de repliegue”, basada en el rechazo a su entorno de llegada y a Estados Unidos en general, y aspirando más bien al retorno a su localidad de origen en México y su eventual transformación.

Pero la noción de modos de control también se extiende a las localidades de origen. Como lo mencionamos anteriormente, si bien ambos pueblos se rigen por el sistema de usos y costumbres, en el caso de la comunidad zapoteca dicho sistema era aplicado de una manera que aseguraba una mayor equidad entre sus miembros, al contar con una rotación más efectiva en los puestos de gobierno y una distribución real de las tierras existentes. Lo primero permitía que muy pocos pudiesen hacerse del control político, y con ello acceder a mayores formas de riqueza. Y lo segundo hacía posible que todas las familias asegurasen un mínimo de bienestar. En contraste, en la comunidad mixteca, el sistema de usos y costumbres se mantenía solamente en términos formales, ya que un sec-

tor privilegiado se aseguraba de ocupar los puestos importantes dentro del gobierno local, así como también la apropiación de la mayoría de las tierras cultivables. Por ello, Andrews concluye que esta combinación de factores definirá lo que denomina “senderos” (de ahí el “pathways” del título) marcadamente distintos en las acciones y actitudes de ambos grupos dentro de sus procesos migratorios.

Pero un elemento que merece buena parte del análisis de Andrews, y que constituye otra notable aportación de su libro, es el tema del género. Su interés al respecto es en principio muy evidente, ya que como la autora lo establece, las dinámicas de poder local afectan a hombres y a mujeres de manera diferente. En ambas comunidades de Oaxaca, las mujeres vivían en estructuras sociales profundamente patriarcales, marcadas particularmente por la violencia doméstica. Sin embargo, en el caso de las mujeres zapotecas, ellas tuvieron la oportunidad de emigrar, ya desde los años ochenta, primero hacia la ciudad de Oaxaca, a partir de la creciente demanda del trabajo doméstico, posteriormente emigrar hacia la Ciudad de México; y eventualmente tuvieron la oportunidad de emigrar hacia Los Ángeles, en California. Ahí lograron insertarse en el trabajo doméstico y en las fábricas de ropa (que ya para entonces eran nichos laborales claramente feminizados), y a pesar de la condición indocumentada de la gran mayoría, tuvieron también acceso a servicios públicos, leyes más benévolas, e incluso la protección policíaca para enfrentar la violencia doméstica. En ese sentido, Andrews nos muestra que era de esperarse que estas mujeres empoderadas no conci-

bieran el retorno a su lugar de origen como parte de su futuro.

Algo muy distinto ocurría con las mujeres de la comunidad mixteca, quienes vivían una pobreza extrema y con deudas permanentes, lo que explica que ellas y sus familias fuesen fáciles de captar por parte de los reclutadores de las agroindustrias en el norte de México, que recorrían los pueblos de Oaxaca en busca de trabajadores dóciles y que pudiesen soportar formas de explotación intensiva. Posteriormente serían contratados por otros reclutadores provenientes de California, y en ambos contextos las mujeres vivirían una situación peor a la que enfrentaban en su pueblo de origen. Al respecto, Andrews concluye que, en este caso, era también explicable que estas mujeres percibieran a sus entornos y a Estados Unidos como una fuente de alienación, y por ello anhelasen el retorno a su pueblo en México. De esta forma, Andrews concluye que los distintos modos de control tanto en las ciudades de destino como en los lugares de origen pasan necesariamente por el factor género, y explica las variaciones en las percepciones y actitudes con respecto a sus orígenes y destinos, incluyendo las posiciones de las mujeres frente a las dinámicas de poder en ambos polos. En ese sentido, sus hallazgos le permiten cuestionar las propuestas tradicionales de varios analistas de las migraciones, que suponen la eventual mejora de las mujeres migrantes en sus lugares de destino, a través de mayores salarios y mejores leyes en Estados Unidos.

Mención aparte merece el cuidado invertido por Andrews en el desarrollo de su estrategia metodológica:

su observación etnográfica durante casi dos años, tras vivir por meses en cada una de las localidades de origen y las ciudades de destino, junto con la realización de poco más de cien historias de vida, encuestas y trabajo de archivo, más una detenida lectura de toda la literatura relativa a las migraciones en dichos contextos, le permitieron reconstruir con gran precisión ambos procesos migratorios, y sobre todo explicar con detalle las diferencias encontradas. No obstante, la propuesta central de Andrews no se enfoca en los datos hallados en sí, sino en un genuino interés por evaluar distintas teorías sobre migración, género, poder del Estado y activismo global, precisamente a la luz de sus hallazgos de investigación.

En suma, el libro de Andrews constituye una importante contribución para el análisis de grupos marginales, especialmente en contextos como los que aquí utiliza pero que son similares a muchos otros en el nuevo orden mundial. De hecho, Andrews plantea una serie de preguntas sugerentes al final del libro con el propósito de orientar futuras investigaciones dentro del campo de estudios migratorios, como por ejemplo la necesidad de considerar los legados de los lugares de origen de los migrantes; los modos de control que enfrentan en sus orígenes y destinos; y los impactos que los procesos migratorios pueden tener en sus actitudes políticas y en sus relaciones de género.

LUIS ESCALA RABADÁN

El Colegio de la Frontera Norte
Departamento de Estudios
Culturales
Tijuana, Baja California, México